FE DE ERRATAS

COMETIDAS EN LA

TRANSCRIPCIÓN E IMPRESIÓN

DEL

DIARIO DE JOVELLANOS

POR EL P. DE A.

PRÓLOGO

La expresiva frase de don Marcelino Menéndez Pelayo de que, Menéndez Pelayo para presentar debidamente al público de nuestros días el *Diario* de don Gaspar, con la clarividencia necesaria al mérito de esta joya literaria, *precisaba*, para su coordinación y norma, la agrupación preventiva de varios literatos, eruditos, historiadores, geógrafos y hombres de ciencia, que le avaloraran debidamente, se evidencia de un modo harto visible, al considerar la pobreza de elementos y la vacuidad de juicio con que osaron acometer la empresa los posteriores editores.

Porque su presentación al público, ha sido tan mezquinamente desairada, y de tan pobrísimo y misérrimo atavío, que todos se interrogan si semejante desnudez era la impotente labor de una colectividad profesional, o el simple alarde de vulgares e ignaros gacetilleros, que no pudiendo ascender a la cumbre donde fulgura el Coloso, tuvieron la avilantez de querer abajarle hasta el fondo donde se albergaba la raquílica concepción de su vulgar plebeyez. Y tan candente juicio no ha sido formulado por aisladas entidades, sino por cuantos creyendo gozar de un hallazgo literario, con todos los elementos aclaratorios que realzaran su mérito, sufrieron enorme decepción, al considerar la atropellada y precipitada forma con que fué dado a la pu-

blicidad. Mala es su forma distributiva. Sin guías, planos, mapas, retratos, ni índices de personas, de materias y de lugares; sin detalles geográficos ni itinerarios; sin nomenclatura artística de monumentos, edificios, cuadros, lápidas, inscripciones, esculturas, estampas, paisajes; sin coordinar su materia bibliográfica ni la de manuscritos y papeles del autor, ni las de los autores mencionados; sin orientación en los temas o asuntos, principales, secundarios, accesorios; sin interpretación de nombres, personajes ocultos, hechos o sucesos embozados; sin especificación de trabajos personales, oficiales, de encargos o comisiones; sin relación de los individuos de su familia, parientes y deudos, secretarios, escribientes, servidores y familiares; sin clasificación de profesores del Instituto, ayudantes, alumnos, interventores; sin enumeración ni aclaración de nada, que oriente al lector en tan vasta enciclopedia, en arsenal tan inmenso de datos, noticias, ideas, apuntes, efemérides y múltiples sucesos. ¡Así salió ello!

La primer impresión que se sufre al abrir el *Diario*, es de desconcierto. Y este desconcierto reviste dos aspectos, general, uno; particular, otro.

Impresión.

Si quisiéramos valernos de un símil, diríamos que el *Diario* se asemeja a un palacio-museo, puesto en desorden total; abarrotadas todas sus habitaciones y dependencias de cajas, cajones, jaulas, cofres, cestas, excusabarras, maletines, etc., todo revuelto y en confusión enorme, sin inventario, catálogo, rótulos, ni guía; ni idea, plan, ni luz para encontrar nada. ¿Cómo, entonces, atinar con el paradero de un traje, de una joya, de un libro, o de un accesorio auxiliar determinado? Imposible: días y días, horas, meses y semanas enteras transcurrían sin dar con el paradero deseado.

Pues descendamos al detalle y abramos el libro al azar. Ignoramos en absoluto dónde estamos, ni dónde descansamos la víspera; ni en qué provincia, ni en qué pueblo: ni con quién se habla, ni de qué asunto se trata; ni si dicho asunto es principal, o secundario, o accesorio, o incidental; ni quiénes son los personajes que intervienen; ni de dónde se viene, ni adónde se va...

Hállase el lector verdaderamente desorientado y perplejo, sin tabla de referencia o de consulta a qué asirse, sin norte, brújula ni guía por donde encaminar sus pasos. Y es que, en una obra tan compleja, tan extensa, eran imprescindibles, necesarios, urgentes, los *índices* de todo género. La elaboración de ellos era tarea penosa, trabajosa, larga,

ardua. Exigía, además, un segundo trabajo: el de remisión o referencia. Y un tercero: el de pericia y práctica en el modo de hacerlo; y el de conocimiento externo de las personas (y su representación) capaces de realizarle.

Todo lo cual pedía mucho tiempo, consumada paciencia y orden metódico. Mas como se trataba de una colectividad, y de una colectividad profesional, la empresa ya no parecía tan ardua, porque podía sobrellevarse con la subdivisión del trabajo, la mutua ayuda, y la multiplicidad de medios auxiliares, y elementos de consulta disponibles, que existían: *primero*, en el archivo del Instituto: *segundo*, en la numerosa y valiosa Biblioteca de dicho Establecimiento.

Todo estaba compendiado en un solo verbo, *trabajar*; pero trabajar mucho y bien.

...Se olvidaron de ello.

Es como si en un suntuoso edificio de varios pisos, se le hubiera olvidado al arquitecto el emplazamiento de la escalera. Y esto es lo que pasó: y por cuya omisión se preguntarán los lectores: y ahora, ¿por dónde subimos?, y ¿adónde vamos?

Será muy cómodo argüir con la trivial excusa de que, el *buen juicio del lector*, subsanará las erratas o yerros del texto; y hasta *cierto punto*, no habría inconveniente en asentir a ello. Mas, las torpezas, desatinos y grotescas caídas, fruto natural de quien se aventura en arriesgadas empresas, ¿sobre quién recaen? Y por otra parte, ¿cómo excusar la ligereza inconcebible de quien se lanza a interpretar sin el respeto debido (*lucet, ¡Dios las dé!*) el texto de un Maestro, que es autoridad consagrada en el idioma patrio, y en todas las disciplinas de una vastísima cultura?

Yerros, erratas...

Mas refiriéndose a tan eximio personaje, como el autor del *Diario*, podrán admitirse algunos (muy pocos) yerros de *memoria*, en quien la tenía tan privilegiada; pero en manera alguna, yerros de *dicción*, tratándose del primer hablista de su tiempo y del más correcto y elegante prosista del siglo XVIII.

Insistimos en que podrá ser muy socorrido el expediente de culpar a copistas y cajistas de imprenta; mas entonces, ¿a qué queda reducida la misión del editor y director de la obra tipográfica? Porque si no corrige, ni vigila, dirige e inspecciona tan delicada operación por sí mismo, ¿a qué el pueril y fanfarrón alarde de afirmar, y la cándida ñoñez de estampar que el *editor se impuso gustosamente la penosa*

tarea de copiar el original con *todo cuidado y fidelidad*? Antes, por el contrario, a la multiplicidad de yerros de la edición primitiva, hay que acumular ahora una serie de erratas tal, que la elevan a la aterradora cifra de 3.061: ni una menos. Anotadas están, por quien tuvo especial empeño en comprobarlo.

La letra de Jovellanos, por lo mismo que es clara, muy correcta y rápida, y a trechos diminuta, induce a lamentables yerros; y precisa, por tanto, de gran pericia y práctica en su lectura, o por lo menos, de intensa atención para descifrarla. Quien desconozca esta particularidad, incurrirá en frecuentes *lapsus*, por exceso de confianza, cual le ha sucedido, no sólo al editor de la presente edición, sino también a los anteriores editores de obras jovellanistas.

Paleografía
jovellanista.

La estructura de determinadas letras que enlaza en medio, o principio de dicción, ha confundido a muchos intérpretes. Así, a la *ese*, le da una forma alargada, que parece confundirse con la *efe*, y sólo se distingue de ésta en que le falta la tilde central. La *pe* tiene también una forma inicial parecida a la de la *ese*, y su enlace con la siguiente letra, da lugar a fáciles yerros. Por la semejanza del rasgo, conviene discernir debidamente las *eses*, *efes*, *pes* y *ges*, que se inician de muy parecido modo.

Lo propio ocurre con algunos números, en especial con el *nueve*, que con frecuencia ha sido interpretado por un *tres*: y con la cifra *cuatro*, que, no yendo acompañada de otras, se ha traducido por las letras mayúsculas A y LI.

La ortografía de Jovellanos, correctísima en cuanto cabe, en una época en que no había la uniformidad del día, tiene un aire *sui generis*, cuya característica se refiere al empleo de determinadas letras; y a la derivada de la pronunciación corriente en su tiempo. Emplea indistintamente la *b* por la *v*, como en el título de *Peñalba*, que siempre redacta *Peñalva*, y la voz *Ballecas*, por *Vallecas*. Isavel, etc. Usa preferentemente la *i* latina en vez de la *y* griega; sobre todo, en medio de dicción: así las voces y términos, *proyecto*, *haya*, *ayer*, etc., que escribe *proiecto*, *haier*, *haia*.

Ortografía
jovellanista.

Aborrece la *jota*, de escasísimo uso en su tiempo; conservando la *x* y la *g* en las voces que la tenían por su propiedad etimológica. Así, *xara*, *Castro-Xeriz*, *Caltoxar*, *anexo*, *ejército*, *ejecución*, *foxa*. En el empleo de la *g* se adapta a la propiedad y a la oriundez latina de las voces, como *muger*, *congetura*, *legítimo*, *corage*, etc.

El empleo de la *q* por la *c*, es la usual de su tiempo y en los siglos anteriores, que aún perdura, *quando*, *quanto*, *quarenta*, *questión*, *quotidiano*, *qual*...

La *erre* la conserva en las voces *propio*, *propriedad*, y en todos sus compuestos y derivados. Y por lo tocante a abreviaturas en tratamientos, jamás, ni en correspondencia, ni en solicitudes, ni en instrumentos oficiales, le hemos visto emplear el *usted* (que es de fecha bastante posterior a su fallecimiento). Sus fórmulas abreviadas, son las corrientes entonces, de vuesa merced, que él escribe, *vm.* o *vmd.*

Constituye (la de 1915) una edición viciada, no por mera incorrección tipográfica, cual pudiera creerse, sino por un desconocimiento absoluto de la vida, hechos, episodios y circunstancias que caracterizan al personaje principal. Y tales incorrecciones, no solo abarcan la nomenclatura de personas, apellidos, citas y denominaciones geográficas, sino también los yerros gramaticales y de construcción sintáctica: los modos adverbiales, raros e inconexos.

Edición viciada.

Prueba de que no se ha estudiado ni aún leído el original, es que, se han dejado intactos (como en 1861) los *espacios en blanco*, y las *dudas*, que, respecto a las interpretaciones del texto, ocurrieron a los primeros anotadores, sin que los posteriores pensaran en rectificarlas o aclararlas. Así que, en vez de depurar y aquilatar el texto, se ha procedido inversamente, aumentando el caudal de sus erratas y produciendo un texto más viciado. Y semejante modo de proceder, evidencia que no ha sido ni la admiración, ni la pasión por las letras, ni el entusiasmo por la persona del autor, el móvil que les arrastró a la empresa, sino otro menos cordial y afectivo, más inferior y deleznable y apocado, y que por simple discreción nos excusamos de calificar.

Acontece que, después de haber sufrido el *Diario* dos correcciones de imprenta (el postrer editor desconoció la ovetense), resultó un texto viciado y amazotado, con múltiples imperfecciones.

Y allí, donde se barruntó la gloria, se cosechó el desastre; poniéndose de manifiesto la inepticia de quien (o *quienes*) poseyendo a mano los más ricos y abundantes materiales para realizar la empresa y merecimientos del varón afamado (en una de sus obras más íntima y personal), quisieron ahorrarse la molestia del esfuerzo, granjeándose, sin él, el galardón que tanto ambicionaban.

¿Qué apadrina, entonces, esa colectividad de profesores que figu-

ran enumerados en una nota, a guisa de guardia pretoriana o de cortejo sin voz ni voto? ¿A cuento de qué se les recuerda, cita o menciona? ¿Qué *requinto* aflautado (o con sordina) tocan en esa orquesta tan dignos individuos? En tan desconcertante lío, solo se nos ocurre preguntar: ¿en qué consiste la *rendida ofrenda* que hace el director, *acompañado de sus dignos compañeros de Claustro*?

Porque es bueno saber, y no olvidar, que este *Diario* fué impreso por *primera vez*, por el editor Rivadeneyra en 1861, y esta edición, reproducida *ad pedem litterae* cincuenta años después (1915), es la que se nos trata de endosar como cosa nueva, y como producto de *esmerada copia*; cuando la compulsu del autógrafo con el original impreso, prueba precisamente lo contrario. Lo que se hizo fué suplantar algunas notas de Abello, por quien, encubriéndose con la muletilla de *Notas del Instituto*, llegó hasta el extremo de apropiárselas. Y hasta arrogándose el derecho de mutilar, deformar, o suprimir las notas de Abello, las cuales, muerto su autor, nadie absolutamente tenía el derecho de alterar; cuando lo noble hubiera sido el combatirlas o refutarlas.

Perplejos nos quedamos en el momento de la acusación. Porque, como en el presente bosquejo se trata de la depuración de un texto, y de la censura o inculpación que merece quien tal desaguizado cometió, vacilamos respecto al verdadero culpable, pues no es lícito que paguen justos por pecadores, ni tampoco cabe en nuestro ánimo hacer acusaciones personales. Equitativa e impersonal aspiramos a que sea nuestra crítica, simplemente depurativa y de índole literaria; mas si alguno la encontrare mortificante o sañuda en demasía, protestamos de antemano que no es nuestro intento mortificar, ni herir, sino solamente poner de relieve la *ligereza*, el *atropellamiento precipitado* con que se ha procedido al tratarse de la reproducción de los escritos de una verdadera eminencia asturiana, y al poner *mano profana* en uno de sus más valiosos manuscritos, digno, por todos conceptos, de ser debidamente presentado y cumplidamente analizado en concienzudo y preliminar estudio.

Y la primera duda que naturalmente se ofrece al investigador, es la siguiente: ¿Quién ha sido el verdadero editor de esta obra? ¿Quién corrió con todo lo concerniente a su traslado o copia, con su corrección impresa, con su ilustración (?), y todo lo demás indispensable (*que debió llevar y no lleva*) para su presentación al público erudito?

Responsabilidad.

¿Fué el prologuista, o fué el Instituto? O en más precisos términos: ¿fué una personalidad aislada, sin concurso alguno, o fué una colectividad representada *simbólicamente* por los dieciseis individuos que componían el Claustro?, o ¿fué una comisión parcial (especie de terna inquisitorial, o tribunal veneciano) la que de una manera ambigua y como elemento extraño, aparece designada al final de la *Introducción*?

Porque, a la verdad, es un procedimiento un tanto raro, y no menos enigmático el de presentar al público a sus compañeros de Claustro, con la ceremonia que lo hace el *Introductor*, quien se dispone a *tributar nuevas ofrendas a Fovellanos, si le acompaña la confianza y solidaridad de pensamiento* de sus compañeros. ¿Qué misterio se encierra aquí? ¿Querrá decir que le acompañan ideológicamente *en el propósito*, pero que no le ayudan *en la faena*?, o por diversa vía; que *no colaboran con él*; porque si colaboraran, justo sería aquilatar su esfuerzo, consignando en forma más deferente y cortés lo que a cada uno se debía.

Y no siendo así, parece entenderse que dicha colectividad desempeñaba un papel meramente *decorativo*, y por tanto, nada le alcanzaba, a reserva de que, si se cosechare el aplauso, había de ser para *el que trajo las gallinas*; mas si en vez de aplauso, fueren coscorrones lo recaudado, entonces se repartirían a prorrata, parodiando la consabida moraleja de que *unos llevan la fama, y otros...* etc.

Mirada la cuestión por otro prisma, extraña, en verdad, que siendo los *compañeros* tantos en número, y de tan diversas disciplinas y estudios, no hubieran aportado, cada uno en su especialidad, todo aquel caudal de elementos auxiliares, de ordenación, crítica, remisión e interpretación que la obra demandaba, ya que su vasta materia brindaba para ello. Ocasión de mayor lucimiento pocas veces se les hubiera presentado. Una singularidad que no debe pasar desapercibida para descifrar la personalidad del editor responsable, estriba en la forma en que aparecen suscritas *quince notas* del *Diario* con la abreviatura de *N. del Instituto* (nota, en la col. 355). ¿Qué entidad es esa? ¿el Claustro en pleno?, ¿una sección de él?, ¿una comisión? Y sobre todo ¿por qué no se especifica quiénes fueren sus autores? ¿A santo de qué, hacer responsables a los profesores de Gimnástica, de Caligrafía, de Lengua francesa, de Lengua latina, de Lengua castellana y de otras lenguas... de culpas que no tienen, y de pecados que no soltaron, ni en francés, ni en latín, ni en castellano, ni en turco,

ni en bereber? Porque las tales notas (de cuatro o cinco líneas a lo sumo) adolecen de varios vicios, tachas e imperfecciones; y son, o usurpadas, o falsas, o erróneas, vulgares, ramplonas, o copiadas.

Y por tanto no cabe en justicia culpar a un Claustro por entero, de yerros que no cometió, por no tener de ello el menor conocimiento, a tenor de las declaraciones individuales, que públicamente han sido hechas por varios individuos de la Corporación dicha.

Nocedal y Abello, por lo menos, dieron la cara. Aquí no la da nadie. Porque la *Introducción*, única cosa que aparece con firma, no dice absolutamente nada nuevo que no sea de todos sabido y conocido. En cambio, si dice algo grave, que ataca la independencia de pensamiento, de quien, libre de toda preocupación y cuidado, expuso sus ideas, afrontando toda responsabilidad, con *su firma y su prestigio personal y literario*; y que de vivir, no había de recibir normas de conducta, de quien era incapaz de dictárselas.

Pudo el editor del *Diario*, o quien fuere, no estar conforme con las apreciaciones de los anotadores, y en tal caso pudo haberlas omitido todas de antemano o haberlas refutado con valentía en buena y honrosa lid. Lo que nunca pudo hacer, ni a nadie competía conceder, fué el *derecho de mutilar, emmendar, aligerar o suprimir las apreciaciones* de los señores Abello y Nocedal: porque en ellas (bien o mal) se compendiaba *su juicio* sobre determinados pasajes del texto; y, por tanto, el derecho que se alega como obtenido para modificarle, *no competía absolutamente a nadie el concederlo*, porque nadie tenía jurisdicción para tanto, ni cabía censura alguna para materia que no atacaba ni la Religión, ni la Moral, ni las costumbres, ni las leyes, ni aún... las prerrogativas de la Corona.

Ni la viuda del señor Menéndez de Luarca, ni el Rector de la Universidad ni el Director de Instrucción Pública, ni Corporación, ni Academia alguna, ni el ministro, ni todos los ministros juntos, habidos y por haber, bajo ningún aspecto (y mucho menos bajo el de la libre apreciación literaria, económica o histórica) pudieron arrogarse el derecho de *modificar, aligerar, alterar, suprimir, ni menoscabar* el pensamiento ajeno, honrada y correctamente expuesto. De combatirle, todos.

Pudo muy bien la señora viuda que entregó el manuscrito autógrafa del *Diario*, exigir que se publicara con él el prólogo de su señor esposo (aunque el tal prólogo hacía años que estaba publicado

y *refutado*), pero nada más: porque el *Diario*, ya hacía cincuenta y cuatro años que era del dominio de los eruditos, y no tenía propiedad sobre él, sino sobre su *autógrafo*. Tampoco la tenía sobre la integridad de las notas de los señores Nocedal y Abello. ¿De quién, por tanto, obtuvo el *Introducción* jurisdicción sobre ellas? De nadie; pues que nadie pudo concedérsela. Y a esto conduce el creerse con atribuciones sobre los escritos de los muertos. ¡A buena parte iba el atrevido con Nocedal! ¡Si él viviera!

Y ¿cómo habiendo o debiendo existir en el archivo del Real Instituto, según repetidas veces consigna Jovellanos (Vid. col. 688, lin. 44) un *Libro memorial*, donde se registran todos los actos académicos, certámenes, ejercicios, disposiciones, acuerdos, etc., etc., no se le ha utilizado para ilustrar de un modo conveniente todos los episodios, referencias, alusiones y vicisitudes que en el *Diario* se consignan?

Elementos de ilustración para el DIARIO.

Más clara y verídica fuente, y más a mano, fuera imposible encontrarla; y más ilustrativa de su Profesorado, alumnos, y Auxiliares, tampoco. Esas, y no otras, eran las notas que la Corporación del Real Instituto, haciendo honor a su historia, estaba obligada a realizar, completando, aclarando e ilustrando, por tal modo, no sólo los esfuerzos del Fundador y Promotor, sino también las de las personalidades más salientes de aquella Casa, por lo menos, en la representación de sus primeros Profesores y alumnos más distinguidos y sobresalientes.

¡Qué enorme decepción la del público ilustrado, amante de la Instrucción y la Cultura, al ver que en el propio Establecimiento de enseñanza (el primero en su género que se instauró en España) poseedor de un rico archivo, y con elementos sobrados de comprobación, no supieron sus representantes esclarecer los sucesos, ni los pasajes, ni las personas, repetidamente consignados en el *Diario*: ni historaban poco ni mucho, ni bien ni mal, ni aun compendiosamente, lo que su egregio fundador acaudaló en su incansable empeño!

Ni la *Noticia* publicada por el fundador en 1795; ni la *Reseña histórica* de Lama y Leña, en 1902; ni la *Memoria* elevada al ministro Pidal en 1845, por el benemérito don Victoriano Sánchez; ni las múltiples *Observaciones* del señor Caveda... nada fué traído al propósito ni tomado en cuenta para ampliar el conocimiento de lo consignado en el *Diario*.

El estilo que Jovellanos emplea generalmente en su *Diario* es muy conciso y cortado. Trátase sólo de fijar impresiones y de anotar da-

Estilo.

tos, fechas y nombres, recoger episodios y consignarlos. Con frecuencia, más le conviene la denominación de *Memorandum* que la de *Diario*.

Ni el editor, ni el corrector de pruebas, han comprendido, ni se han percatado, de la característica de este estilo, que lleva impreso el signo de lo fugaz. Y por eso, separa el autor sus brevísimas cláusulas con una rayita o dos puntos. Y esta brevedad y concisión (que hoy denominamos estilo *telegráfico*) responde, no sólo a la extremada rapidez con que redacta, sino que la hace necesaria la incesante y penosa labor diaria que sin cesar le agobia.

Y el editor, que de ello no se penetra, se ha tomado la libertad de introducir formas retóricas y gramaticales ramplonas y oraciones supletorias, y modos adverbiales que en el *Diario* no existen.

Por lo que atañe a *Asturias* (que abarca el 65 por 100 del total del libro) y comprende la variada gama de costumbres, dialecto, folklore, geografía, topografía, agricultura, etc., valía la pena de haberse asesorado de persona idónea y conocedora del país en su aspecto amplísimo, antes que fiarse de la propia suficiencia, dando con ello lugar a tremendos batacazos y monumentales caídas.

Asturias.

Y después de esta breve crítica general sobre la edición del *Diario de Jovellanos*, se pasa a conocer las erratas de más bulto entre las 3061, que resultan, según doble compulsu, incluidas las alteraciones del texto, en dicha edición de 1915; pero como digno remate de este trabajo jovellanista, han de aparecer las 15 *notas*, despampanantes, del Real Instituto.

Terminemos.

Amicus Plato, sed magis amica veritas.

FE DE ERRATAS

DIARIOS... (1).—Redáctese siempre *diario* (sin plural, porque carece de él), y como insistentemente le denomina Jovellanos.—Véase, en comprobación, col. 398 l. 54—c. 509, l. 20—c. 676, l. 13—c. 766, línea 53—c. 779, l. 23—c. 795, l. 1—c. 817, l. 50).—La división del *Diario*, o sus secciones, apellídanse *cuadernos*, como se advierte en la c. 780, l. 23, y más expresamente, en la c. 398, l. *final*, donde se lee: *Para él (el viaje) se formará un diario particular, en diferente cuaderno.*

De modo que, *al primer tapón, zurrapas*. Porque si bien nosotros podemos incurrir en tamaña incorrección, escribiendo *Diarios*, en manera alguna nos es dado imputársela al Maestro; pues de sobra se sabe que las voces que expresan conceptos indivisibles o continuos, no se pluralizan, tales como *tiempo, correo, telégrafo, enfermedad, peste*, etc. Tan sólo el vulgo de los gacetilleros, que no discierne cosa alguna, es quien comete semejante desafuero, en complicidad con los viajeros de comercio, cuya única misión parece ser la de *colocar el género*, deteriorando, de paso, en todo lo posible, el idioma castellano.

MEMORIAS ÍNTIMAS (2).—Esto, lo añado de su propia cosecha, el *editor*. Y aunque no sea lícito pensar mal del ajeno intento, no acertamos a explicar por qué nos *da tufo* tan ramplón adjetivo; que parece empleado para seducir o fascinar a los incautos o gente iliterata, con señuelo novelesco, cual si se tratara de las *Memorias* de Madame de Maitenón, o de Montespán; la señorita de La Valliere, o la Princesa de los Ursinos: o, nacionalizando el tema, de nuestras Teresita Cabarrús, Lola Montes, la Princesa de Éboli, Pepita Tudó, o cualesquiera otra de tantas aventureras de vida semidiáfana y ultracomprometida, aderezada con todos los tropiezos y mogigangas propias del caso. Y como emociones tales, y tan poco edificantes, no cabían, ni haber pudieran, tratándose de un varón tan austero, y de tan viriles pensamientos como Jovellanos, holgaba en verdad aquel dictado, que más tiene de afeminado que de prócer. Y sin negar que en un *libro de memorias o apuntes* (que tal es el carácter general del *Diario*), pudieran tener cabida algunos fragmentos de expansión íntima, en lo tocante a sentimientos o movimientos del ánimo del autor, dista esto

(1) Portada, línea 4.

(2) » » 5.

enorme trecho del significado de *Memorias íntimas* que ha querido aplicársele, y con el que suelen calificarse las placenteras páginas de los aficionados a narraciones puramente sensuales y de ficción novelesca.

CARTELITOS... (1). — ¡Perdone, señor! es hembra, y debe escribirse *cartelitas* (diminutivo de la voz *cartela*). Los *carteles*, son otros; v. gr. los que anuncian función de toros, con o sin entuerto; y en tal sentido, suele decirse ponderativamente, *es un espada de cartel* porque *despacha* sin el menor embarazo, de una estocada..., a la *Gramática*, al *Diccionario*, al *Silabario*, a la *Historia Universal*, o al primer autor clásico que se presente. La cuestión es *despachar* pronto.

REGUERA, ERMITA DEL BUEN SUCESO... (2).—En la edición de Oviedo (que desconoce el editor de la presente de 1915) se lee: *nueva hermita del Buen Suceso...*, etc., y así está en el original autógrafo, conviniendo con la descripción que del mismo paraje hace el *diarista* en el viaje de 1795 (col. 503, l. 40). Y además, la voz *hermita*, con *hache*, como siempre la escribe: porque tratándose de autores de nota, hay que respetar sus fueros y premáticas y no tener el prurito vanidoso de irles a los alcances.

PARTE DEL TORNERO... (3) *¡parte!* ¿será telegráfico o de sanidad? Nada de eso: es sencillamente el *punte del Tornero*, que un poco más abajo, y en la propia columna del *Diario*, lín. 49 y 50, se menciona clarísimamente. Mas en el original, dicha voz se encuentra redactada en forma abreviada (*p.^{te}*), y el intérprete, escriba, copista, o lo que fuere, sin fijarse en que se trataba de una ruta, ni prestar la atención debida al narrador (que con frecuencia vuelve de nuevo atrás en la narración para describir la ruta bajo otro aspecto, o señalar particularidades entonces omitidas) optó por lo del *parte*.

BUENAS ALCANTARILLAS (4).—Lo que el autógrafo reza es *cantarillas*, y así debe ponerse, y en tal guisa se escribía entonces, y repetidamente emplea el autor dicha voz en idéntica forma (véase en comprobación, col. 7, l. 29, 34—c. 14, l. 12—c. 36, l. 50—c. 84, l. 3).

FRAILES... (5) son *freyles*; cosa bien distinta; y con ellos hemos de tropezar más veces que quisiéremos.

(1) Columna 3, línea 46.

(2) > 6, > 6.

(3) > 6, > 19.

(4) > 6, > 37.

(5) > 7, > 16.

PRETILES (1).—De ningún modo: son *petriles*, como repetidamente se notará en la lectura del *Diario*. Y correctísimamente, además; así en razón etimológica como en la articulativa. Lo contrario, es torpeza auditiva del vulgo.

ESCARPAS... (2). ¡Ni tanto, hombre, ni tanto! Lo que se lee, con entera propiedad, es *escarpes*, y así, y no de otra manera, se emplea este término de ingeniería.

PUENTE DE SANTULLANO EN FEPAS... (3).—En la forma en que va redactado, con F mayúscula, parece indicar que se trata de una localidad. No hay tales carneros. El intérprete, editor, amanuense o quien del *Diario* se encargare, ignora, por lo visto, un término corriente de construcción que es harto viejo y del dominio público. Se dice que un puente está *en cepas*, cuando construídas las pilastras, o *cepas*, no se han colocado las cimbras para voltear las arcadas: o bien, si colocadas las cimbras, están las arcadas sin terminar, y sin seguridad, ni expeditas para el tránsito.

EL LUGAR DE PIÑERA, JUNTO A SORRIBAS... (4). Así está en el manuscrito, y nada decimos: mas debió ser un descuido involuntario de redacción, ya que, donde está dicho lugar, es junto a *Sebares*.

ERÍA DE LA VEGA (5).—Siempre la voz *hería* se escribió con *h* inicial. Así se ve en todos los documentos regionales, y así la redacta constantemente Jovellanos, como voz de clara extirpe latina, y con significación apropiada de *conjunto de heredades bajo un cierro*. Mas modernamente, los vascómanos quisieron atribuirle oriundez eúskara (de *erría*, la tierra), suponiendo que el eúskaro se habló primitivamente en toda España, y por ende, en la región astúrica. Mas semejante teoría de Larramendi, Astarloa, Humboldt y otros adeptos, anteriores y posteriores al gran filólogo alemán, no ha sido suficientemente comprobada ni aceptada.

EL REY... (6).—Con letra mayúscula escribe siempre Jovellanos este título honorífico; y no sólo éste, sino todas aquellas voces indi-

-
- (1) Columna 7, línea 33.
(2) > 7, > 36.
(3) > 8, > 16.
(4) > 9, > 12.
(5) > 9, > 49.
(6) > 10, > 48.

cativas de categoría, rango, título, dignidad, o preeminencia, u otras semejantes.

SUTERFAGOS (1).—En la etimología latina de las voces geográficas de Asturias, hace derivar Jovellanos los nombres de *Entrego*, *Entrago*, *Entriago*, *Entrialgo*, *Intriago*, *Intrialgo*, del compuesto *inter-acquas* (es decir *entre-aguas* o *entre-ríos*) interpretación que se adapta perfectamente a la situación de aquellos pueblos o lugares colocados cerca de la confluencia de dos ríos, o de uno principal y otro tributario suyo (véase el *Ayuntamiento sobre el dialecto de Asturias: Obras: Rivad.* tom. I. pág. 347. col. 1). De modo que en la presente transcripción se han cometido dos yerros: por el primero, se acredita el desconocimiento de los escritos de Jovellanos: por el segundo, la impericia en la interpretación de su letra. Por idénticas razones, se adivina fácilmente que la voz *suterfagos* es una corrupción de *Interfagus* (*entre-hayas*) aplicable al lugar referido.

M. FUSIO CABEDO (2).—No hay tal. Su recta lectura es M. FVSCI CABEDI (Marco Fusco Cabedo), lápida conocidísima de cualquiera que haya hojeado medianamente la historia de Asturias. Es un dolor ver que se ignoran tales detalles en un centro de Enseñanza del Principado, que posee una Biblioteca de 18.000 volúmenes, entre los que se cuentan casi todos los del fundador.

(TEXTO ILEGIBLE) (3).—En la edición de Oviedo se interpretan las dos palabras obscuras del texto, por *cuestas marmóreas*, y lo que en realidad se lee, sin mucho esfuerzo, fijándose un poco, es *tristes memorias*, aludiendo don Gaspar con tal expresión al recuerdo de su difunta hermana doña Juana Jacinta, moradora de *Coviella* en más felices días.

CASCADA DE MÁS DE CUATROCIENTAS VARAS DE ALTURA... (4).—*Cuarenta varas*, dice la edición de Oviedo (y dice bien, pues así está en el original) y todavía nos parecen muchas; porque registrada toda la comarca de Libardón, en la vertiente N., a nadie encontramos que nos diera noticia de semejante *cascada*. De lo que sí se conserva memoria es de ~~los dichos~~ de don José Argüelles, que si se celebraban no era seguramente por empacho de veracidad.

(1) Columna 13, línea 47.

(2) » 13, » 49.

(3) » 14, » 44.

(4) » 15, » 36.

SEPARACIÓN DE ARGÜELLES Y A LA LEGUA DE CAMP.^s (1)—Tal como se lee, sin ortografía ni separación alguna, resulta ininteligible o ambiguo el concepto. Su lectura cierta ha de entenderse en la siguiente forma: *Separación de Argüelles; y a la legua* (separación) *de* (don Cosme de) *Cangas*.

A DESCONTARLE (2) (en modo disyuntivo) *o descontarle* (que es como está escrito).

ORDAYA, CAINADA, BORRINA (DE PROUINA), TORVA... (3).—Redacción defectuosa y sin sentido, que merecía una aclaración de parte de los editores, y no se tomaron el trabajo de ponérsela. Estas cuatro voces pertenecen al vocabulario *bable*, que Jovellanos estaba formando, y su intercalación en el *Diario* es sólo a título recordatorio, para definir las y explicarlas cuando tuviere lugar. Por de pronto, las dos primeras están mal trasladadas del original, pues deben redactarse *orbayu*, y *encainada* (niebla que descende de los puertos de Caín). *Borrina*, procede del latín *pruina*: todas estas voces son indicativas de la niebla, bruma, llovizna, rocío, agua menuda, etc., etc., etc., según sus diversos estados y acepciones.

(Continuará).

(1) Columna 16, línea 26.

(2) > 17, > 44.

(3) > 18, > 20.